

PAPELES DE LOS TIEMPOS DE MARICASTAÑA

Por José de la Vega Gutiérrez

1

Por los senderos del pasado

ESTE vivir acelerado de la vida moderna... esta inquietud de inquietudes que nos acucia, nos impulsa, y nos arroja sobre abismos inacabables de actividades y preocupaciones, no puede conducir a horas propicias para la serena meditación y el reposado y, hasta si se quiere, el abstraído estudio de tantas y tantas cosas como nuestra voluntad nos pide conocer con una continua y ambiciosa exigencia de caminar y caminar sin descanso por los campos sin límites del saber. Tal vez por querer saberlo todo lleguemos un día a ignorarlo todo. Sin embargo, seguimos nuestra marcha. Es ya demasiado tarde para hacer un alto en el camino. Los sueños de otros días avanzan impávidos sobre el tiempo, sin alcanzar nunca la realidad, sin que el fruto ácido se transforme en dulce y jugosa madurez. Y, no obstante, la conciencia ambiciosa y pide con urgencias inusitadas más y más en un incansable deseo de saber y conocer.

¡Qué gozoso el vivir del que sólo gusta los frutos maduros! ¡Qué bellos horizontes los que vislumbra el que, a través del binocular, persigue y descubre un nuevo ser vivo con el cual pueda algún día evitarse que la muerte venza al hombre! O el que con la magia de una simple fórmula algebraica acerque a la tierra los ignotos mundos siderales...

Pero la vida tiraniza nuestras horas, y son cortos los años para tanto como nos queda por hacer. Por eso sentimos constantemente el espolazo de la inquietud clavándose en el espíritu que, envuelto por la nebulosa de los sueños, busca sin descanso una evasión por los cuatro puntos de la rosa de los vientos...

Jaén, este viejo y querido Jaén de mis días felices, es señalado amorosa y continuamente por los rumbos de mi brújula espiritual. Y percibo su aire lleno de resonancias líricas y de olores vernáculos a tierra labrada y a olivos verdes... Y siento, en el rincón de los íntimos recuerdos, la dulce canción del vivir acendrado y de las costumbres sencillas, señoras y dueñas de los hogares, donde se vive a lo viejo y se viste a lo moderno... Y escucho en mi mente, durante las horas de los recogidos silencios, el tañido alegre de las festivas campanas, o el duro y medroso bramar de los agitados y furiosos aires. Pero todo esto es pura poesía, puro verso; y por ser verso, puro y dulce amor para la tierra en que vi la luz primera, y en la que se alzaron sobre el tiempo fugitivo las horas inefables de mi niñez.

¡Viejo Jaén! ¡Qué pequeño era por los años finiseculares! Y, sin embargo, en su reducido ámbito, ¡qué amable se hacía la vida! Pero aún más pequeño había de ser su recinto urbano en los comienzos de la centuria decimonónica, cuando la invasión francesa, cuando los señores del Concejo se reunían para alzar una tropa que saliese al encuentro del veterano ejército napoleónico, al que luego habrían de hacer morder el polvo en los campos de Bailén las tropas de Castaños, caudillo bizarro, general invicto, y al propio tiempo humorista finísimo, del que se cuenta que, habiendo acudido a la recepción palaciega del día de los Santos Reyes vestido con uniforme de verano, y ante la extrañeza expresada por el señor Rey don Fernando «el Deseado» al verle con tan insólita vestimenta, hubo de justificarse jovialmente y con irónico gracejo:

—«Señor, no se extrañe V. M., porque aunque el tiempo sea de riguroso invierno, este humilde soldado de vuestros ejércitos va todavía por la paga del mes de julio...»

Pues bien, aquel Jaén chiquito y gracioso, con deleitoso sabor a frutas maduras del Guadalbullón y olor penetrante a chorros del

rubio aceite que borboteaba por los canales de los viejos molinos de viga, hasta rebosar en las panzudas y manchegas tinajas, donde parecían sonar estrofas de ese apacible y dulce poema que cantan al campo y a la vida, manando de la noble y señorial fuente del olivo... ¡Aquel Jaén, chiquito, digno de ser cantado por Horacio con un nuevo

Beatus ille qui procul negotiis...

o bien por fray Luis, maestro y señor de nuestra lírica, con otro

¡Qué descansada vida

la del que huye del mundanal ruido...!

Porque, ciertamente, la ciudad atraía hacia el ánimo los pensamientos y gozos que proporciona la vida del campo a quien sabe sacar de sus fecundas entrañas todas las excelencias y virtudes que se encierran en los ricos y sabrosos jugos de las pulpas frutales y del óleo venerable del olivar augusto.

¡Aquel Jaén de los años ochocientos! Casonas señoriales alzándose con sus recios sillares sobre casas labradoras de una sola planta, en las que embriaga el olor del pan tierno y el aroma de los membrillos dorados y opulentos. No es ancho el perímetro urbano, que se acoge al regazo de la montaña, encumbrada por torreones guerreros, apretando dédalos de calles silenciosas que buscan la protección y el amparo de unos carcomidos lienzos de murallas almenadas que se alzan en su torno como restos altaneros de pasadas grandezas.

Aún se visten por algunos señores la rica y ostentosa casaca y el calzón corto que, poco a poco, van transformándose en el romántico levitín ajustado de los tiempos de aquel don Mariano José de Larra que se firmaba «Fígaro» y hubo de morir por amor, disparándose un pistoletazo en la sien aquella tarde clara y sonriente del cielo azul madrileño.

Los señores de levitín ajustado al talle, usan también sombrero de estrecho tubo y pantalón sujeto con hebilla al enfranque del zapato; leontina de oro y bastón de manatí o palasan.

Las damas que visten a la última moda se embellecen con ricas manteletas al gusto afrancesado y gastan pomposas faldas de «gro», que apenas dejan asomar la finísima puntera de sus delicadas botinas.

El indumento elegante iba por aquellos años abandonando a la burguesía y a la clase media. En el traje femenino renacía una ilusión de resucitar lo clásico, y eran los talles tan altos, que la cintura sostenía el seno y los amplios descotes mostraban graciosamente el desnudo busto. Los peinados eran de moño alto, y con rizos que parecían estremecerse junto al cuello. Más adelante hubo de sintetizarse el peinado, imponiéndose los bandós aplastados y los tirabuzones, dos variantes que, más tarde, se verán representadas por el peinado de Isabel II, y de la emperatriz Eugenia. Variedad de pamelas rematan el tocado para el uso callejero. Pero no menos interesante es el peinado masculino romántico que se componía muy atildadamente, pero fingiendo el descuido y la desgana, alineando y rizando tufos y elevando el tupé con elegancia barroca. La silueta femenina dieciochesca, pasada la moda a la clásica, volvió al miriñaque, ese indumento que la vida moderna no puede ya entender sino como disfraz. Y después había de llegar el polisón, con los talles ceñidos para recobrar su verdadero lugar en la cintura, y con los pliegues alineados y las lindezas de costura que hoy tienen ya para nosotros el encanto de lo que fue.

El traje masculino, marchando en su estilo al compás de la moda francesa, se caracteriza por el pantalón amplio hacia arriba y disminuido de silueta cuando va llegando al borde y a la trabilla. También se usaba ceñido y realzado con trencilla lateral. La casaca se redujo a frac muy ajustado al talle, moderando su faldón. Después aparece la levita, severa prenda que nunca parece mejor que en las estampas de los duelos a pistola. Complétase el atuendo ochocentista con la petulante chistera, que poco a poco fue modificando su perfil y su tamaño. Aquella felpuda chistera de Goya, erizada y escandalosa, queda reducida al simple cilindro que se apreció por la nitidez de sus reflejos como joya de azabache. Para el abrigo de los fríos invernales se usa la capa luenga con vueltas de grana, que los elegantes fueron sustituyendo, al seguir la moda de París o de Londres, por gabanes de diferentes formas y nombres, con esclavina más o menos larga y aun sin ella; y el chaleco muy abierto para que asome la pechera, con sus rizos y las diversas formas de lazos de corbata, que suben hasta la barbilla en plena época romántica, y después bajan y se agrandan aprisionando cuellos anchos almidonados. Apenas se comprende una

corbata de aquel tiempo sin la nota de un alfiler con perla, piedra, sello o camafeo, ni un chaleco sin colgante de reloj o cadena con leontina. Así vestían las gentes de aquellos pretéritos días.

Los hombres de la clase llana se cubrían con la ancha capa y el sombrero de catite, y en el vestir de ellas quedan aún reminiscencias del bello atuendo de la pastira. Todo esto, con su sencillez, es historia... ¡Pequeña historia, que, poco a poco, va formando el edificio ingente que ha de alojar en el futuro la otra, la gran Historia, la que estudia y juzga punto por punto la vida de los pueblos y de las generaciones, después de someterla a riguroso enjuiciamiento. *En lo pasado* —dice Donoso Cortés—, *está la historia de lo futuro*. ¡Qué gran verdad es ésta! El pasado aporta valores de experiencia que inundan al mundo de máximas. Lo que hace falta, como dice Blas Pascal, es aplicar estas máximas. Pero hay quien entiende que lo que fue carece ya de vigencia, no existe ni deja rastro alguno que pueda justificar su reiteración. Jacinto Benavente, el insigne dramaturgo, sostenía en una de sus acotaciones, que nunca había comprendido que los hombres y los pueblos quisieran volver a vivir una sola hora de su vida pasada, porque bien pasado está todo lo pasado. ¡Qué tremenda equivocación la del genial escritor! Precisamente —como ha dicho Anatole France— es la única realidad humana. Y esa realidad actúa sobre nuestras horas y obra sobre nuestras conciencias, querámoslo o no.

Para los que amamos el pasado no hay gozo más exquisito que el volver a vivir, siquiera sea en evocaciones fugaces, lo inactual, lo que ya fue. Horas, muchas horas, hemos permanecido sin cansancio ni tedio contemplando las «Meninas», el lienzo inmortal de Velázquez. Y el solo atisbo de un detalle, de un simple rasgo, que nos permitiera reconstruir los días en que el lienzo fue pintado, o la percepción de un imaginario desplante de la Maribárbola o la gracia de una ironía encubierta de don Nicolás Pertusato, nos han bastado para satisfacer todas nuestras incontenibles apetencias de levantar la cortina de los siglos, para penetrar en los trasfondos del pasado y obtener de ello gozo y conocimiento, los dos invalorable factores que contribuyen al equilibrio espiritual. Amo las ideas y recelo, en cambio, de las palabras, decía Ricardo León en *La escuela de los sofistas*. Rigurosamente verdad. Nosotros también amamos las ideas por encima de las palabras, porque

las ideas forjan y templean su concepto en la fragua del pasado para convertirse en aceros penetrantes que luego nos servirán gallardamente tanto para el ataque como para la defensa en las luchas del vivir.

Emerson afirmaba que cuando el hombre abre la boca se juzga a sí mismo; y esto es muy cierto, añadimos nosotros, porque las palabras denuncian la discreción o la necesidad de la persona y la justeza o simplicidad de sus ideas.

Bien quisiéramos nosotros que las palabras puestas al servicio de las ideas nos condujeran en esta disertación al fin propuesto, que es el de proporcionarnos un deleite, siquiera sea todo lo liviano y reducido que permite la limitación del tiempo, con la rememoración de cosas que fueron y cuya noticia, por avatares del destino, ha llegado a nuestro conocimiento.

II

Los surcos que otros abrieron

«*P*APELES de los tiempos de Maricastaña» titulamos este trabajo. Y he aquí que, sin quererlo, surgen de tal título dos preguntas justificadísimas, a saber: ¿qué papeles son éstos? y ¿cuáles son los tiempos de Maricastaña?

Pues acudamos en ayuda de la donosa curiosidad. El maestro Correas dice que el tiempo de Maricastaña es un tiempo muy antiguo, nada menos que cuando hablaban los animales, cuando cualquier disparate era posible. Esta opinión la vemos mantenida por Cervantes en *El casamiento engañoso*, cuando afirma que en los tales tiempos hablaban las calabazas. Se nos antoja demasiado hiperbólico el antecedente. Pero veamos otro: Godoy Alcántara, en su *Ensayo histórico etimológico sobre los apellidos castellanos*, se refiere a una Mari Castaña del si-

glo XVI, vecina de Lugo que, con su marido y dos hermanos, se resistió al pago de los tributos que el obispo, como señor, hubo de imponerles; resistencia en la que, dicho sea de paso, no escasearon excesos y violencias, hasta matar al mayordomo del propio obispo. La nombradía de hembra tan varonil debió de extenderse por la comarca y no es improbable que sea la misma que ha asumido la representación de vagos tiempos remotos. Por lo menos, no registra la Historia otra Maricastaña más célebre.

En fin, patrañas y ganas de oscurecer la ponderación de esta buena y aguerrida mujer, a la que Julio Cejador definía como hembra casta, recogida y defendida en su virtud como la castaña que aparece protegida y encerrada en su erizo.

Vengamos, en consecuencia, a concluir que esos famosos *tiempos de Maricastaña* bien pueden corresponder al «*año de la nanita*»... Y en esto también hay sus más y sus menos, pues Sbardi, en su *Florilegio de refranes*, dice que el año de la Nanita fue el de 1753, en que hubo una cosecha tan abundante que el pan en Sevilla valía... «*na...naita*», adverbio que, rodando de boca en boca, se redondearía como las guijas de río, viniendo a quedar en *Nanita*.

Pero no siempre llueve a gusto de todos. Y en esto de las patrañas —¡loado sea el Señor!—, ¡cuántas versiones hay de cualquier tema o suceso! Decimos esto porque, con referencia al año de la Nanita, en el ABC de 18 de septiembre de 1952, en la sección de Miscelánea Pintoresca, leímos que en el Archivo parroquial de San Juan Bautista y Santo Domingo de Silos de la villa de Chillón (pueblo de la provincia de Ciudad Real), aparece inscrita en el libro 8 de bautismos, al folio 253 vuelto, una nota que dice así: «Este año de 1634 es llamado de la Nanita, porque una mozueta de quince a dieciséis años paseó, según parece, toda la España, cantando la Nanita en coplas que decían:

La Nanita se murió
y la llevan a enterrar
con espuelas y botines
y manto capitular.

Este año fue muy estéril. Valió un pan dos reales y la fanega de trigo ochenta reales. El año siguiente fue muy abundante y bajó el

precio del trigo hasta doce reales la fanega, siguiendo los años buenos hasta el de 1650, que fue igualmente estéril, y mucho más aún en 1653, en que no hubo parvas y se murieron los ganados y las abejas. El recuerdo del año fatal se unió, pues, al de una canción: la de la Nanita. ¡Patrañas! ¡Deliciosas patrañas, repetimos! Pero ¿y lo de los papeles? Eso ya no es patraña; eso es un hecho real y cierto que, como decimos anteriormente, los avatares de la vida nos han permitido conocer.

Hablamos de papeles, refiriéndonos a los periódicos, a esas hojas volanderas que desde hace muchos tiempos vienen imprimiendo las prensas y de cuyas hojas ha dicho en términos peyorativos Schopenhauer en su *Metafísica de lo bello*: «*el periódico, en el mejor caso, es un cristal de aumento; con frecuencia es sólo una sombra chinesca en la pared*». Lamentable opinión sobre lo que el periódico representa para el vivir de los hombres. Pero parece un inexorable designio el enjuiciamiento adverso de esas hojas impresas que todos leemos diariamente y que son la mejor manifestación de la vida, la cultura y la actividad de las naciones. Los hermanos Goncourt definían el periódico diciendo que era «unos céntimos de historia en un cucurucho de papel». Certero juicio este de los famosos escritores franceses: unos céntimos de historia, de esa historia pequeña o grande, pero historia al fin, que, en un incansable correr de las plumas, se relata día tras día en forma acertada o equivocada, pero viva, real, sensacionalista o serena, con una agilidad digna de todas las admiraciones y una urgencia apremiante y agotadora, haciendo bueno aquel juicio de Oscar Wilde, según el cual es mucho más difícil hablar de una cosa que hacerla... Esta labor de contar y contar todo lo que se vive no puede retribuirse con nada, y en verdad que a la larga merece la gratitud de todos. ¿Que la hipérbole aduladora y ponderativa o capciosa deforma a veces la verdad figurada en las páginas impresas? Pues, es posible que así sea. Bartrina, el gran poeta catalán, dijo un día a este respecto:

*«Entre cristales de aumento
cuánta gente se pasea...»*

Pero, no siempre sucede así; y a cambio de estas y otras servidumbres que pesan sobre el periódico y sobre el «*redactor*», cuyas torturas

e inquietudes tan maravillosamente describiera la pluma de Larra, la gran pluma de Fíguro en un famoso artículo titulado «Ya soy redactor», publicado el año 1833 en «La Revista Española», están las grandezas inmediatas de la información, de la noticia difundida con la rapidez del rayo, esa rapidez que ya Lope de Vega entreviera cuando dijo:

*«Con la rapidez del rayo
las noticias han venido;
¿quién sabe si andando el tiempo
vendrán con el rayo mismo!»...*

y que andando el tiempo también se convierten en documento, en historia veraz o no, pero capaz de autenticar hechos, actitudes, decisiones, facetas y perfiles, en suma, de las horas y del vivir de los pueblos y de los hombres.

La prensa, pese a las censuras y ataques que contra ella se han lanzado sistemática y duramente, tiene un innegable valor de dilatado alcance para el enjuiciamiento retrospectivo de los hombres y su tiempo. Desde los viejos juglares que iban de castillo en castillo cantando al sol de sus zanfonas los romances y relaciones de hechos que, por su transcendencia, merecían el honor de ser elegidos como noticia, hasta *El rimado de Palacio* y *Las coplas del Provincial*, e incluso la obra misma de Gonzalo de Berceo y la del arriscado y jocundo Arcipreste de Hita, vemos que la información ha constituido una necesidad humana tanto más sentida cuanto más avanzó la cultura de los hombres. La misma Crónica General de España, a la que hoy concedemos un definitivo valor científico como documento, no fue otra cosa que un registro, una constancia de sucesos que, andando los siglos, habría de utilizarse como fuente histórica de autenticidad innegable y que en realidad era eso que modernamente llamamos reportaje, utilizando para la expresión un extranjerismo que ha adquirido carta de naturaleza entre nosotros.

La prensa, pues, es espejo invariable de los tiempos. Y ha de lamentarse que los modernos historiadores la hayan mirado con tanto desdén, siendo así que sus páginas constituyen un reflejo, cierto o incierto —descubran la verdad los analistas—, pero vivo y palpitante, de la vida nacional, examinada día a día en todos sus perfiles y matices.

El periódico, la hoja impresa, recoge el detalle que hoy consideramos insignificante y que mañana puede adquirir un alto valor de carácter social, político, científico o, simplemente, informativo.

Pues bien, de esos pequeños y efímeros detalles, de esas insignificantes noticias que aparentemente no merecen siquiera una rápida lectura, está a veces integrado el fondo de la Historia. Ellos avaloran su veracidad y su certeza con notas incommovibles, y convierten lo dubitativo en afirmativo; y forjan, en resumen, el esquema crítico sobre el cual ha de escribir aquélla su severo y definitivo juicio.

No vamos a encarecer nosotros el relieve social y político de la prensa en el desenvolvimiento de la vida contemporánea. Hubo un tiempo en el que los periódicos tenían tal fuerza política, que bastaba un artículo de fondo para provocar la caída de un Gobierno y aun para poner en peligro las propias instituciones. La prensa creaba los hombres y también los anulaba.

Cuentan que Fernández de los Ríos, aquel extraordinario escritor madrileño que en 1850 fundó *Las Novedades* y con ellas el primero y auténtico diario de noticias, hubo de serlo todo en su periódico: fundador, director, articulista y gacetillero. Con la misma pluma que acababa de redactar un anuncio comercial, reflejaba magistralmente sus ideas en un artículo de fondo y amenizaba con un chiste la gacetilla o formulaba aquellos proyectos de reforma que constituyeron su decidida preocupación de siempre. Este hombre infatigable que fundó siete periódicos, dirigió nueve, escribió en veinticinco publicaciones españolas y en siete extranjeras, dando al público más de una docena de libros que hoy se buscan como deliciosas joyas, se sentía siempre orgulloso de ser periodista. Cuando le nombraron embajador de España en Lisboa, una dama del Cuerpo Diplomático hubo de preguntarle por qué puestos había pasado para llegar a aquella Embajada.

—*Por la prensa, señora* —contestó sin titubear el fundador de *Las Novedades*.

Precisamente, en este periódico se publicaron artículos de Castelar, de Cánovas y de Silvela.

La prensa, repetimos, alzaba sobre el pavés a las figuras políticas, o las cubría con cendales de olvido produciendo su anulación.

En cierta ocasión, don Alberto Bosch sorprendió al ilustre periodista Leopoldo Romeo, que dirigía «La Correspondencia de España», con una espléndida caja de habanos. Alguien que lo supo comentó que Leopoldo Romeo había atacado muy duramente a don Alberto Bosch, quien, al escuchar aquel juicio, salió al paso del mismo afirmando rotundamente:

—*Los periodistas no perjudican a los políticos cuando los combaten, sino cuando los olvidan.*

Y en realidad era así como don Alberto Bosch había dicho.

A don Práxedes Mateo Sagasta le rodearon los periodistas en cierta ocasión en que la estabilidad de su Gobierno no parecía muy firme.

—*¿Qué hay de nuevo, señor presidente?* —le preguntaron.

—*Pues no sé nada todavía; aún no he leído «El Imparcial»* —contestó jovialmente, aludiendo con su respuesta a la violenta campaña que contra él venía haciendo por aquellos días el popular periódico.

Como éstas podríamos recordar una multitud de sabrosísimas anécdotas que vienen a poner de manifiesto el relieve y la significación de la prensa en el diario quehacer de la vida española. Ella y los hombres que la redactaron fueron, sin duda alguna, quienes abrieron los surcos sembrando con su pluma la semilla que más tarde había de fructificar en historia viva.

En fin, todo cuanto llevamos dicho vamos a verlo comprobado inmediatamente, examinando, con la rapidez que demandan de nosotros y de nuestra cortesía el tiempo y los respetos debidos a vuestra paciencia, esos papeles de los tiempos de Maricastaña que han venido a parar a nuestras manos temblorosas y han escudriñado, turbios de emoción, nuestros ojos cansados ya de tanto ver y tanto mirar en los años andados por los caminos del vivir.

Durante el pasado siglo se publicaban en Jaén y algún pueblo de su provincia, según los datos que hemos podido recoger, los siguientes periódicos:

1810: «Gaceta de Jaén».

1834: «El Eco del Comercio».

- 1834: «Boletín Oficial de Jaén».
 1848: «El Avisador».
 1854: «El Faro de Jaén».
 1855: «El Correo de la Loma» (Baeza).
 1873: «El amigo católico» (Monescillo).
 1876: «El Correo de Jaén».
 1877: «El Cero».
 1881: «El Eco de la Provincia».
 1884: «El Ubetense» (Ubeda).
 1886: «El Clarín».
 1898: «El Pueblo Católico».
 1897: «Magisterio Giennense».
 1897: «La Hormiga» (Mancha Real).
 1898: «La Semana Católica».
 1899: «La Semana».
 1899: «La Opinión» (Ubeda).
 1899: «Jaén. Revista literaria y de intereses morales y materiales».

Y en Madrid sabemos, por una estadística de 1856, que en primera mitad del siglo pasado veían la luz pública veinte periódicos políticos. De ellos, nueve por la mañana y once por la tarde, además de dos revistas que aparecían cada quince días.

III

Horas del tiempo

EL nombre de Jaén comenzaba a sonar por aquellos años del 800 en diarios de Madrid que marcaban noticias con gran relieve. España atravesaba entonces una de sus épocas más agitadas y turbulentas. Aún sentía en sus doloridas carnes los gloriosos zarpazos de la lucha por la independencia. Había vuelto «el Deseado», quien, después de ceñir en sus sienes la corona con espíritu absolutista, habría de lanzar, en

1820, aquel famoso manifiesto que decía enfáticamente: «*Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional...*» Senda que el propio Fernando VII borraría con sus oprobios, implantando de nuevo el régimen absolutista con idéntica decisión y ardor que los adalides de las Cortes de Cádiz habían puesto en promulgar, bajo el plomo de los cañones franceses, aquel plomo del que, según la copla popular, se hacían las gaditanas tirabuzones, la inefable, la ingenua y venturosa Constitución de 1812, según la cual, los españoles estaban obligados a ser justos y benéficos. Después de esta cándida e ilusoria norma fundamental que pretendía convertir a los hombres casi, casi, en un trasunto de los propios ángeles, cualquier reacción absolutista tenía que tropezar con la más fuerte enemiga. Ciertamente que el salto sobre la sima que separaba a los hombres de los tribunales del Santo Oficio de las doctrinas difundidas por los *ilustrados* y *volterianos* requería algo más que una mera acrobacia intelectual, porque no resultaba nada fácil salvar aquélla, sin poseer una prodigiosa agilidad mental y unas virtudes cívicas tan acendradas y firmes como lo exigían las sólidas y fuertes raíces que sujetaban a la tierra las instituciones nacionales.

Leyendo las viejas noticias hemos podido descubrir hechos que el tiempo ocultó lentamente, pero con la segura impunidad de una cortina de silencioso olvido. ¿Quién podría pensar que en el Jaén de 1810 hubo una milicia afrancesada que había de jurar fidelidad a José Bonaparte? Pues la hubo, efectivamente. En «La Gaceta de Jaén» de 4 de mayo de 1810 leemos la siguiente noticia:

«Tenemos la satisfacción de anunciar al público que en el día de ayer, la milicia cívica de esta ciudad, con su oficialidad y Plana mayor, ha prestado el juramento de fidelidad en manos del señor Gobernador del Reino en la forma siguiente: «Juramos fidelidad a S. M. C. el Rey Don José Napoleón I, a la Constitución y a las leyes y prometemos sacrificar nuestras vidas por la defensa de esta ciudad y su provincia. La alegría que se echaba de ver en el semblante de estos buenos españoles, manifiesta del modo más expresivo los sentimientos de patriotismo y honor que animan a todos sus individuos cuando van a ser armados en defensa de su legítimo rey y de la buena causa, en comparación de los sacrificios inútiles y destructores que se hacían anteriormente por un gobierno malo, déspota y antinacional.»

Duro contraste con el ardimiento patriótico que despertara la proximidad de las tropas invasoras, para hacer frente a las cuales se intentaron crear unidades militares defensoras de la ciudad para el caso de que fuera ésta atacada.

Pero, al fin, Bonaparte sale de España y vuelve Fernando VII, «el Deseado», que traerá consigo un gran bagaje de represalias y de arbitrarias decisiones. Pues bien, persiguiendo la noticia, hallamos en «*El Restaurador*», de Madrid, correspondiente al domingo 9 de noviembre de 1823, una muy curiosa, según la cual, en la lista de exposiciones dirigidas al regente del Reino —que era por aquellos días el duque del Infantado—, y en las que se pedía el restablecimiento del Tribunal de la Inquisición, figuran las firmas del obispo de Jaén, don Andrés Esteban y Gómez, del Ayuntamiento de Baeza, del de Jaén, del de Andújar, del de Alcaudete y de la Junta Auxiliar de Defensa de esta ciudad, así como las de don Bartolomé Sáenz de Tejada y don Gaspar Antonio Casco, cura y beneficiado, respectivamente, de Begíjar, y del Ayuntamiento de Martos, su clero y su comandante militar. Este detalle es el exponente de un estado de opinión.

La reacción de los constitucionales contra el período absolutista, iniciado en 1814, no podía retrasarse. La repulsa del pueblo permanecía latente, acuciada por ese sentimiento de la soberanía que poseía desde el año 1808, en que su arrogante desafío al coloso de la guerra le había convencido de que la energía y la autoridad emanaban de su propia unidad orgánica. Empujado por tales estímulos, el general don Rafael del Riego, que, al mando de un ejército, iba a embarcar rumbo a tierras americanas para hacer frente a los movimientos libertadores allí planteados, se sublevó en Cabezas de San Juan proclamando la Constitución de 1812. Era el 1.º de enero de 1820. Pero no es nuestro propósito plantear problemas histórico-críticos que no atañen a la misión que nos hemos impuesto. Sin embargo, no podemos olvidar un antecedente de tal importancia como el famoso decreto de 1814; en él, Fernando VII declaraba nulos todos los actos del gobierno constitucional y válidos los de la Regencia de Madrid. La reacción gravitó, como siempre, sobre la prensa, que fue reducida a «*La Gaceta*», el «*Diario de Avisos*» y el «*Mercurio de España*», publicándose después «*El Restaurador*» (ya en los últimos días del trienio constitucional), al que habremos de refe-

rornos en nuestro relato, y por ser éste el periódico que mayor información publicó del general Riego y de sus dramáticas andanzas por Jaén y su provincia, en la que al fin fue detenido y preso.

En este periódico hallamos las siguientes noticias:

A finales de junio de 1823, el vecindario de Andújar expulsaba a los constitucionales del teniente coronel Casamayor.

El 28 de junio, el general constitucional Ballesteros es derrotado en Campillo de Arenas.

El 1 de julio, los franceses atacan la división constitucional destacada en Cazorra.

El 9 de julio, Cisneros, comandante general realista de la provincia, lanza su proclama a los constitucionales, haciéndoles presente el daño que con su conducta causan al país y a sus hermanos, y exhortándoles a la fidelidad al rey.

El 4 de agosto, Ballesteros acepta la Regencia de Madrid y pacta con Molitor, general realista.

El 8 de agosto da su famoso Decreto en Andújar el duque de Angulema. Dicho Decreto tiende a reorganizar la provincia, que prácticamente está en manos realistas.

El 23 de agosto llega a Santa Elena y La Carolina el duque del Infantado, presidente de la Regencia, que entra en Andújar el día 24.

A primeros de septiembre, Riego y Ballesteros se encuentran en Priego de Córdoba y se reconcilian, pero Ballesteros prepara su traición. El general Bonnemains derrota a Riego. Es entonces cuando éste busca la retirada, y penetrando en Jaén por Alcaudete llega hasta Martos. Su situación en esta ciudad se hace muy difícil, por lo que, buscando el abrigo de los olivares que vienen a enlazar con las estribaciones de Jabalcuz, se presenta con sus gentes en Jaén, saqueándola y robando el Santo Rostro, y los tesoros y bienes de la Catedral. Este acto vandálico se realiza por hombres constitucionales en la noche del 12 de septiembre de 1823. Pero a mediodía del 13 los realistas atacan Jaén y Riego huye, saliendo por el camino de Granada e intentando resistir en el cerro del Calvario, de donde después de varias horas de tiroteo, es expulsado. Prosigue su huida, y «a la oración» de aquel aciago día 13

llega a Mancha Real, y desde aquí corre con sus fuerzas a Jódar, donde es derrotado y huye. En la tarde del 14 llega con 20 hombres de caballería, todos oficiales de graduación, menos tres, al cortijo del Pósito, en término de Cazorla. En el cortijo les preparan una cena, y en espera de ella, según el relato que seguimos, salió a la era, y llamando a un hombre que allí vio y que se nombraba Vicente Guerrero, vecino de la Torre de Pedro Gil, y santero de una ermita inmediata al cortijo, y luego a Pedro López Lara, vecino de Vilches, que estaba guardando un ganado de cerda, les dijo: —*Ea, amigos ya ha llegado la ocasión de que seáis felices para toda la vida, es decir, para que tengáis que comer vosotros y vuestras familias sin necesidad de trabajar. Yo deseo que me saquéis de estas tierras, sin tocar en pueblo ninguno, ni ser vistos de nadie, a La Carolina, Carboneros o Navas de Tolosa, donde tengo buenos amigos que podrán ponerme en camino para Extremadura, a donde me dirijo, y ustedes se volverán a sus casas.*

—Señor —respondió López—, *yo no puedo servir a usted porque tengo que guardar este ganado y soy responsable de él.*

—*No tengas cuidado por eso* —replicó Riego—; *yo encargaré del ganado a otro. Y si se pierde, te lo pagaré todo.*

En vano se volvió a excusar una, y otra, y muchas veces.

—*No* —le replicó Riego—; *tú, como criado en esta tierra, sabes bien todas sus veredas, y eres el que me puede sacar.*

Y los metió a los dos en el cortijo, poniéndoles en disposición de que no pudiesen hablar con nadie. Y les mandó dar de cenar, haciendo preparar entre tanto dos mulos de los mejores, y sacarlos a la era.

Concluida la cena, hizo montar a cada uno en el suyo. Llamó a sus oficiales, y les mandó que encerrasen a toda la otra gente en el cortijo, cerrasen sus puertas y ventanas, y no permitieran salir ni asomarse a nadie hasta pasadas algunas horas. Y montando él a caballo con otros tres oficiales, dijo a López:

—*Vamos, y cuidado con el encargo que te tengo hecho: por veredas y sendas excusadas. Llévanos sin entrar en pueblo ninguno a donde pasemos el día, pues sólo hemos de caminar por las noches. Marchemos*

de modo que al amanecer lleguemos a un sitio cómodo para pasar el día quietos y seguros.

«Riego, en el camino —informa «*El Restaurador*»—, iba hablando con sus compañeros de su último viaje de Madrid a Andalucía; de los pueblos y casas que más le habían distinguido, etc., de cuya conversación vino López Lara a deducir que era Riego al que guiaba; porque López conocía la casa en que se había alojado Riego en Santa Cruz, de la que también habló. Y tenía noticia de que muchas de las cosas que contaba se habían hecho sólo con Riego. Desde entonces López ya no pensaba sino en ver cómo podría prenderle, o ponerle en paraje donde lo hicieran. Con este fin, después de mil vueltas y revueltas le hizo caer al amanecer en el cortijo de los Baquerizones, llamado allí de Antonio Moreno, y le dijo que si querían parar, allí estarían seguros. Serían las dos y media de la mañana. Convinieron en quedarse allí. López tenía en este cortijo un hermano llamado Mateo, que fue justamente el que le abrió. Metidos en el cortijo, un oficial inglés, que era uno de los tres que acompañaban a Riego, cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo. Enseguida dieron de comer a los caballos, y ellos se echaron a dormir con la espada desenvainada debajo de la cabeza. Así pasaron hasta el amanecer, sin permitir que López y el que le acompañaba hablasen con ninguno del cortijo.

Amanecido, Riego dijo a López que era preciso herrar un caballo con la mayor cautela. López, con intención de ir a dar parte a la justicia, advirtió:

—Señor, yo iré con el mayor disimulo a Arquillos, y le herraré.

—No —respondió Riego, tú no te apartas de mí. Que vaya Mateo y haga venir al herrador, con el pretexto de que hay en el cortijo una caballería mala.

Y, en efecto, así se dispuso. Pero, López, fingiendo que iba a ayudar a su hermano a aparejar una burra en que debía ir a Arquillos, le dijo al oído:

—Mira que este es Riego. Dilo a la justicia para que vengan a prenderle, y diles que nosotros los ayudaremos de dentro.

En efecto, así lo hizo, instruyéndoles del camino que debían llevar para no ser descubiertos hasta hallarse ya sobre el cortijo, y prome-

tiéndoles que él, con su hermano y dos escopetas que tenían, los ayudarían de dentro y se arrojarían sobre Riego y demás compañeros, así que ellos asomasen; y que sería muy posible sorprenderlos almorzando, yendo un cuarto de hora tras él, pues les llevaba comida y procuraría hacerles sentarse a almorzar.

Como lo ofreció lo hizo, advirtiéndolo sigilosamente a su hermano y al otro lo que iba a suceder para que estuvieran prontos. Estando almorzando, un oficial que no se había quitado el antejo de la mano, y no cesaba de atalayar, se levanta, se asoma a la ventana, y viendo venir la gente armada dice:

—¡Mi comandante, ya somos perdidos! El cortijo está cercado de escopeteros.

—¡Pues a las armas! —dijo Riego.

Mas López, su hermano, y el Vicente Guerrero se apoderaron entonces de dos solas escopetas que habían y gritan:

—El que se mueva, muere.

«Así, aunque intentaron echar mano a los sables, no se atrevieron a hacer uso de ellos, sino que, más humildes ya que novicios carmelitas, salieron al corral. A la voz de López se hincaron allí de rodillas. Y en esta postura estuvieron quietos hasta que llegó la gente armada que habían visto.

—Haga vuesa merced el favor —dijo entonces Riego a López Lara— de salir y decir que no nos hagan mal, que ya estamos presos.

«Habiendo entrado la gente armada con el alcalde que la conducía, Riego suplicó que no quitasen a ninguno la vida, pues ya estaban presos a su disposición, y que le diesen un abrazo.

El alcalde, al principio, rehusó bastante abrazar a un hombre tan perverso, mas al fin accedió a ello a ruegos de López.

Riego, hablando aparte al alcalde, volvió a decir:

—¡Por Dios, no nos mate usted! Yo le daré a usted quince onzas. Mire usted que somos hombres de honor. Y, en fin, para que lo sepan ustedes de una vez, yo soy el general Riego.

»El alcalde le aseguró que a ninguno mataría si no daban motivos. Pero no quiso admitir dinero alguno. En esto llegó el comandante civil del mismo Arquillos, a caballo, con más gente; y sin hacer inventario de los efectos aprehendidos, mandó se llevase todo a su población. Y así se ejecutó, volviéndose López y el santero al cortijo de donde salieron.

»Riego fue llevado a La Carolina a las ocho y media de la noche del día 15. Y, custodiado por tropas francesas, y bajo las autoridades españolas, fue posteriormente trasladado a Andújar, donde estaba el cuartel general francés.»

El 22 de septiembre da «*El Restaurador*», procedente de La Carolina, la noticia siguiente: «Mañana sale de aquí, para esa corte, el infame Riego, que ha llegado hoy de Andújar. Le conducen el comandante civil y alcalde pedáneo con otros colonos de Arquillos. Llevan al mismo tiempo a un inglés, un piemontés y un oficial español que fueron presos con este malévolo.»

«Este perverso —sigue diciendo «*El Restaurador*»— se presenta con un descaro increíble. Nada de cuanto le dicen le hace mudar el color. Al entrar en Andújar, habiéndose reunido un inmenso pueblo junto a Capuchinos gritando ¡Muera Riego!, señalando éste a los religiosos de aquel convento que estaban asomados, dijo: «Los frailes son los que deben morir.»

«Pese a todo, Riego conserva amigos en todos los pueblos del camino, que le proveen, como los de Andújar, de ropa blanca, cigarros y otras cosas. De allí, hasta Despeñaperros, hace el viaje en coche, y después en carreta, hasta Madrid.»

Hasta aquí el relato, o mejor dicho, el verdadero reportaje de «*El Restaurador*», teñido de turbios colores, que como trágico y doloroso colofón refleja el siguiente soneto de autor anónimo, y dedicado «Al héroe de las Cabezas, preso en Sierra Morena»:

*De enmedio de las broncas espesuras
de la Sierra Morena enmarañada,
a una jaula de palos mal armada
salió el Hidalgo en busca de aventuras.*

*Y el héroe imitador de sus locuras,
jefe de la facción descamisada,
a otra jaula sin luz, mejor clavada,
sale de aquellas mismas angosturas.*

*Gracias a Pero Pérez y al Barbero
y gracias a la jaula de la Venta,
recobró su juicio el paladín manchego.*

*Lloró su engaño el cándido escudero,
y mil necios cayeron en la cuenta.
¿Si servirá para lo mismo Riego?*

A cuyo enfático soneto correspondió un agudo ingenio, también anónimo, con una cuarteta que decía:

*Aquí acabó la jornada
del capataz de los pillos,
que hizo en Arcos su pillada
y se le pilló en Arquillos.*

Ese es, en un breve esquema, del paso de Riego por Jaén y su provincia. Poseemos una gran cantidad de datos que precisarían, no ya los reducidos términos en que nos movemos, sino la amplitud de un grueso volumen. Ello, no obstante, consideramos del alto interés recoger la información que publicaba el famoso «*Diario de Madrid*», correspondiente al 2 de octubre de 1823, y en la que figuraba la siguiente certificación:

«José María Ruiz, Secretario del ilustre Ayuntamiento de Jaén, certifico: Que en el Cabildo que celebró dicha Corporación el día 18 del corriente, entre otros particulares hay uno que dice así: los señores Don Mariano del Prado, veinticuatro, y Don Benito Delgado, Síndico Personero del ilustre Ayuntamiento de esta ciudad, hicieron presente a dicha Corporación un informe que, copiado, es como sigue: «En cumplimiento de la Comisión que V. S. se ha servido darnos en virtud de oficio del Señor Comandante General de este Reino, su fecha 16 del actual, juntando lo que nosotros hemos visto con lo que nos han informado personas fidedignas, debemos decir que el señor General Don Juan Sánchez Cisneros ha hecho uno de los más importantes ser-

vicios al Rey Nuestro Señor, a la Patria, y muy particularmente a esta Capital y pueblos de serranía el día 13 del corriente. Vuestra Señoría sabe la destrucción que amenazaba a esta ciudad para las doce de aquel mismo día, que las iglesias debían ser robadas, las casas de muchos ciudadanos decididos realistas saqueadas, y quemadas, y muchos de ellos fusilados. Todo esto, en muy gran parte, lo impidió el celo y actividad de nuestro valiente General. El se presentó antes de que llegasen las tropas francesas, como a las once de la mañana, hacia la Fuente de la Peña, precisamente al tiempo que los infernales comisio- nados de Riego empezaban en la Catedral a robar el dinero corres- pondiente al Expolio y ya estaban abriendo la urna del Santo Rostro. Dicho General se encuentra con las guerrillas de Riego y empieza a romper el fuego. Hecho fuerte en el sitio llamado la Quebrada, tenien- do su caballería sobre el camino, y a sus costados la infantería, contuvo al enemigo. Apoyó después sus guerrillas con otra que colocó en el callejón de los Baños. Esta novedad sabe V. S. que fue el primer golpe que indujo la confusión en el ejército del rebelde Riego. Una de las atenciones principales del rebelde Riego fue ver si podría penetrar por el camino que ocupaba el general Cisneros, pues V. S. vio la co- lumna que se dirigió por la Puerta de la Alcantarilla y toda la ciudad fue testigo de las veces que intentaron penetrar por aquel camino. Ni la presencia de Riego que mucho tiempo estuvo en la senda de los Huer- tos entre el frente de la Casa de D. Diego Coello, y el Convento de Carmelitas, pudo animar a sus soldados, ni sus órdenes que se oían desde la ciudad fueron capaces de vencer el impedimento que Cisneros le oponía. Mas cuando por algunos movimientos que hizo la tropa de Riego de infantería vieron que aquel General replegó todas sus guerri- llas hacia el Portichuelo, le cerraron de este modo todo camino para escapar, así es que, ni aun porque se disfrazó Riego, como lo hizo en el Puente de Santa Ana, no pudo conseguir su intento.»

«Después de haber desalojado nuestro invicto General las tropas de Riego, le vimos penetrar por esta ciudad corriendo al campo de batalla, donde tuvo la gloria de coger el bastón del general Riego, que a toda carrera huía.»

Como puede verse por la copiada certificación, el despojo de la Catedral se frustró, aunque «*El Restaurador*» del día 28 de septiembre

de 1823 diga en una noticia que «Riego consumó sus crímenes robando todas las alhajas de la Catedral y demás iglesias, incluyendo el Santo Rostro. ¡Impío! —dice el periódico comentando el hecho—, la mano del Todopoderoso cuyo santuario tan altamente profanaste está ya levantada para confundirte. Este sacrílego monstruo manda encajonar dichas alhajas. Ocupado en esta maniobra a las once de la mañana de este día, al propio tiempo que se estaban reuniendo en la Plaza de Santa María los piquetes encargados de la ejecución de las penas del bando, llega corriendo un hombre, diciéndole que los franceses venían por el camino de Martos; echa precipitadamente la llave del cuarto en que se estaba empaquetando sus robos, manda tocar generala y se lanza a la lucha.

Esta noticia la confirma una carta del obispo de Jaén, fechada en el palacio episcopal de Baeza a 16 de septiembre. En ella se dice:

«El Santo Rostro, patrimonio exclusivo de nuestro Santo Reino, también entraba en el botín de su sacrílega ambición y codicia.»

Y por su parte, «*El Defensor del Rey*», periódico realista de Sevilla, escribe el 20 de septiembre: «Entre las alhajas robadas por Riego en las iglesias de Jaén lo fue también la Santa Cara de Dios; fortuna que no logró llevársela ni los demás vasos sagrados que no tuvo reparo en manosear con sus sacrílegas manos.»

Como puede verse, hay una gran discrepancia entre las referencias oficiales y las noticias de prensa, sobre el robo del Santo Rostro. Que el despojo hubo de intentarse, nadie puede ponerlo en duda. Lo demás admite el ser puesto en tela de juicio, y cada cual elija la versión que mejor le parezca. No obstante, lo cierto es que el sagrado lienzo en aquel entonces, como muchos años más tarde, fue retenido por manos sacrílegas y tratado impiamente para volver por designios del Señor al lugar donde Jaén le venera desde hace siglos, ofreciéndole con la íntima piedad de sus oraciones la amorosa confianza espiritual de sus alegrías y sus tristezas.

Pasado el episodio bélico de Riego, continúa Jaén incorporado a la historia patria, en la que toma parte activa no obstante su pacífico quehacer. Y sigue interesándose por los sucesos nacionales que han de tener tan honda repercusión en la vida española. La abolición de la

Ley Sálica nos conduce a la primera guerra carlista, de cuyos inicios hallamos un reflejo local constatado en el «*Boletín Oficial de Jaén*». Ejemplo de ello es esta referencia del comunicado oficial que encontramos inserto en el número 39 de dicho periódico, correspondiente al día 9 de abril de 1834, y que tiene el sabor y la espontaneidad de lo que se expresa para que llegue sin dificultad al pueblo. Dice así:

«Las vanas esperanzas de los enemigos del trono de nuestra Augusta Reina se extendía a creer que a principios de marzo había de penetrar por la frontera de Portugal el pretendiente D. Carlos a la cabeza de un grueso ejército, con otras voces igualmente absurdas, pero no menos funestas, pues que, abusando con ellas de la cauta credulidad de algunos ganaban prosélitos y promovían el espíritu de rebelión.»

«Mil noticias contestes comprueban que esta expectativa, a pesar de lo infundado de ella, era el incentivo más poderoso de las conspiraciones ocultas y de las facciones que abiertamente han asomado en diferentes puntos de la Península, y que no han podido adelantar, siendo constantemente sofocadas poco después de haber aparecido.»

«Entre las especies propaladas con tan dañado intento eran las principales la insurrección de Galicia y de Castilla que suponían debía verificarse de un momento a otro por efecto de la reunión de fuerzas y de los movimientos procedentes de Villarreal de Duero, pueblo no muy distante de la frontera, donde el Pretendiente ha permanecido desde que hubo de abandonar precipitadamente Miranda y Braganza, en cuyos puntos se vio amagado sin poder permanecer en ellos.»

«Nuevos rumores de una próxima invasión de tropas españolas en aquel territorio han bastado, según noticias recientes, a la repentina fuga que a caballo ha emprendido D. Carlos con su familia y comitiva, primeramente a Lamego y después con dirección a Viseu, para donde salió el día 20 desde aquella ciudad, llevando consigo la fuerza que en tan largo tiempo ha reunido, y que consiste escasamente en 300 hombres de los que yendo a trabajar a las márgenes del Duero han sido reducidos o arrastrados por los agentes de la facción.»

«Quiera el cielo que este desengaño sirva para abrir los ojos de los incautos, que dóciles al impulso de un corto número de malvados

que los emplean como instrumento de sus inicuos planes, corren a su propia ruina y causan tantos males a la Patria.»

En el número 53 encontramos una composición poética con acróstico que reproducimos no sin sentir cierta amargura por su significado:

C adenas, proscipciones, imprudencia,
 A mbición, injusticia, tiranía,
 R abia, persecución, muerte, violencia,
 L uto, orfandad, inquisición, falsía,
 O scuridad, parcialidad, cohechos,
 S angre y venganza de execrables pechos.
 I lustración, virtud, munificencia,
 S eguridad, honor, filantropía,
 A mor, felicidad, perdón, clemencia,
 B ondad, integridad, paz, amnistía,
 E quidad, protección, cortes, derechos,
 L ibertad y blasón de heroicos hechos.

Ello quiere significar lo que representa para el español la vida bajo el mando de don Carlos o con el reinado de Isabel II.

Pero dejemos ya la noticia histórica para referirnos a otros perfiles de la vida giennense cuyo interés y curiosidad son invaluable como dato y como documento. En los surcos que otros abrieron ha fructificado la semilla de la pequeña y de la grande historia, alzando sobre los días y los años una cosecha ubérrima cuyo rico y variado panorama, iluminado por el pálido sol de los recuerdos, se nos ofrece en la más dulce y romántica melancolía. El paso de las horas no sufre detención ni se concede a sí mismo tregua o descanso. Este hecho inexorable nos ejemplariza y alecciona, haciéndonos ver que el hombre no tiene derecho al descanso ni aun después de su muerte, porque sus hechos serán enjuiciados un día inmediato y habrá quien, luego de haberse extinguido su vida, siga siendo materia de apasionada discusión.

Alcemosnos, pues, sobre el pequeño collado que tenemos a nuestro alcance y veamos los diversos perfiles de esos Panoramas.

IV

Panoramas

UNO de los periódicos más antiguos que hemos hallado, aparte «*La Gaceta de Jaén*», que se publicaba en 1810, es el «*Boletín Oficial de Jaén*», que veía la luz en 1834 y en el que, además de las comunicaciones, proclamas y edictos oficiales, se publicaban tan curiosas noticias, que es lástima no formar con ellas un grupo antológico. Sin embargo, no podemos omitir la que reproducimos a continuación, y que detalla el método del licenciado don Pedro Vázquez para curar el cólera morbo, método que, según el inventor, era el que había producido mejores efectos en Sevilla y Málaga. El peregrino tratamiento ordenaba que en el acto de la invasión tomara el paciente tres pocillos de aceite común, mediando de uno a otro ocho o diez minutos. Pasado un cuarto de hora desde la toma del último pocillo (o antes si el enfermo hubiera principiado a devolver), beberá agua más que tibia en abundancia hasta que rompa el vómito; y éste se excitará introduciendo en la garganta una pluma bañada en aceite. Si se cansa, cesará de molestársele con la pluma, reposará un rato y empezará de nuevo a beber agua tibia (pero no más aceite). Cuando los vómitos le fatiguen demasiado, los hará cesar bebiendo un vaso grande de agua fría, y después tomará una taza de caldo sabroso bien caliente, procurando que el puchero se componga de vaca, gallina, muchos garbanzos y yerbabuena. Pasada una hora, beberá un vaso de vino bueno de la tierra, y encima mucha agua fría, por manera que cada dos horas venga a tomar un caldo, y en la intermedia un vasito de vino y agua fría. En esta dieta seguirá dos o tres días hasta que la lengua quede limpia y encarnada. Entonces tomará sopa del puchero por mañana, tarde y noche, cuidando siempre que en cada comida preceda el vaso de vino. Así seguirá de seis a ocho días y al cabo de ellos comerá de todo lo que guste menos queso, leche y manteca de Flandes. Observando estrictamente este régimen es casi imposible el que recaiga. Ultimamente sepan todos que este terrible mal se cura promoviendo los vómitos y despeños

y bebiendo mucha agua. Tanto a los que han padecido el cólera como a los que han tenido la suerte de librarse, les será utilísimo adoptar el plan siguiente, mirándolo como verdadero preservativo. En ayunas se tomará un poco de aguardiente anisado, bebiendo enseguida un vaso grande de agua. Antes del desayuno, comida y cena, se hará uso de un poco de vino de la tierra seguido de un vaso de agua, no volviendo a probar el vino durante las tres comidas, y sí el agua que sea necesaria.

Donoso tratamiento que brindamos al protomedicato con verdadero gozo, porque difícilmente se hallará terapéutica más inocente y efectiva, ya que, si el enfermo no moría a causa de ella, podía asegurarse que no lo mataría un rayo.

* * *

En el mismo periódico hallamos un anuncio titulado «Pérdida», en el que se dice que la tarde del 28 de diciembre se perdió desde la plaza y paseo del Mercado hasta la calle de San Andrés, yendo por la Maestra baja, un alfiler para mantilla de señora, de oro, con una roseta de ocho diamantes y otro en la presilla donde engancha. Si alguna persona lo hubiese encontrado se servirá entregarlo a su dueño, que es doña María Josefa de Torres, calle de San Andrés, quien satisfará el hallazgo.

* * *

En el número 8 correspondiente al 18 de enero de 1834, se inserta una nota, según la cual continúan satisfactoriamente su cuarentena las ciudades de Cádiz, Málaga, Nerja y Granada.

Otro día se anuncia la pérdida de un hilo de perlas finas, entre ellas algunas de buen tamaño, con broches de oro y un anteojito pequeño, falso, como dos tercias de largo, desde la calle de las Campanas, Pescadería, por medio del Mercado, Puerta Barrera hasta más abajo de San Roque. Se suplica a la persona que lo haya encontrado lo presente en casa de don Felipe Coromina y Compañía, donde se le dará el correspondiente hallazgo.

En el número 46 hallamos una nota que dice así: «La Redacción del *Boletín Oficial*» se ha trasladado al café titulado de Isabel II,

plaza de Santa María, donde se dirigirán los oficios y documentos para la inserción en el mismo, y se admiten suscripciones al periódico titulado «*Eco del Comercio*» y a «*El Tiempo*».

El cólera debió de producir estragos en la provincia, porque son varios los anuncios oficiales de declaración de epidemia. Así encontramos uno en el 19 de junio de 1834, manifestando oficialmente el Gobierno Civil la existencia de cólera en Marmolejo. Y otro del 23 del mismo mes y año, referido esta vez a Valdepeñas y Mengíbar.

* * *

El número 69 de 30 de julio de 1834 se cierra con un anuncio que nos llena de estupor. Dice así: «Los Boletines Oficiales correspondientes al miércoles 16 del presente y sábado 19 del mismo, no salieron por enfermedad del cajista a cuyo cargo estaba la composición de la imprenta; pero la numeración ha seguido correlativa, y no ha habido falta de órdenes, y sólo atraso en circularlas. Se procurará en adelante con más exactitud, pues así lo permite la extensión que se le ha dado a este papel, saliendo en pliego desde 1.º de agosto, y a cargo la redacción de don José Cereceda, en la cual cesa en este número don Juan Manuel Carrión».

* * *

«*El Correo de la Loma*», de Baeza, es otro periódico digno de recordación. Comienza a publicarse el 2 de enero de 1855, siendo su formato del tipo que ahora se llama tabloide. El pie de imprenta dice: Baeza. *Redacción e Imprenta de la Comisión General de Libros*. El periódico apunta el tema de la penuria municipal y de la poca protección que recibe el Ayuntamiento del Gobierno que, sin embargo, gasta ingentes sumas en la construcción del Teatro Real.

El tema que para la publicación reviste, indudablemente, más importancia es el de la Milicia Nacional. Por el periódico podemos saber que para que no se malograsen los frutos de la Revolución de julio, Baeza hubo de crear un escuadrón de caballería y dos compañías de infantería que dieron pruebas de su amor al orden y a la libertad bien entendida. Dice el sabroso artículo del que tomamos el comen-

tario, que en los días de la creación de aquellas unidades, una turba, extraviada tal vez por los que tenían interés en que no se consolidara la situación creada en julio, so pretexto y a la voz de «abajo los consumos», promovieron un tumulto que hubiera tomado colosales proporciones sin la actitud digna y enérgica de la benemérita Milicia Nacional, que llena de entusiasmo se presentó en los momentos de peligro, disolvió los numerosos grupos y puso a disposición de las autoridades a los perturbadores del orden público. El Muy Ilustre Ayuntamiento Constitucional que sustituyó a la Junta, con su dignísimo presidente don Francisco María Chacón, procuraron por todos los medios que su patriotismo les dictó el aumento de la benemérita Milicia Nacional, pero el proyecto hubo de malograrse.

«*El Correo de la Loma*», era diario, y sus temas abarcaban todos los de interés local y nacional. En el número 4 vemos inserto un acuerdo del Ayuntamiento de Ubeda expresivo de la alegría de la Corporación por haber suprimido el Gobierno, para la Península e islas adyacentes, el impuesto de consumos. Siempre ha sido este impuesto piedra de toque para todo género de vociferaciones y algaradas callejeras...

* * *

No podemos sustraernos a copiar una noticia de sociedad, inserta en el número 7, correspondiente al 8 de enero de 1855, que dice así: «Haremos a nuestros lectores una ligera reseña de la reunión de *confianza* habida la noche de Reyes en casa del señor D. Gaspar López Pintado. Nosotros entramos a las 10, y entonces la reunión ofrecía un golpe de vista sorprendente: una multitud brillante de ambos sexos vagaba bulliciosa por el extenso salón en que el señor D. Gaspar López Pintado y su señora esposa recibieron aquella noche con la amabilidad y finura que les distingue. A poco se dio principio con una polka vals, en que las jóvenes, sencillas pero elegantemente puestas, lucieron en mil vaporosas vueltas sus esbeltos y flexibles talles. El señor de la casa no tuvo inconveniente en franquear las puertas a toda clase de máscaras, contribuyendo de ese modo al regocijo del público que, agradecido a esta fina condescendencia, supo portarse con la sensatez que le distingue y de la que tiene dadas repetidas pruebas.

«Las máscaras, que más de una vez inundaron completamente la sala, contribuyeron con sus *pintados trajes*, con su *bromear continuo* y con su constante *¿me conoces?* a amenizar la reunión. Diremos que entre ellas hubo algunas que llamaron la atención por sus bonitos y caprichosos trajes y por sus finas y discretas bromas».

* * *

No podía faltar la nota poética, que en la mayoría de los casos tiene un matiz amoroso y va dedicada y firmada con iniciales. En el número 9 aparece una canción titulada «Esperanza» que firma M. M. Montero —¿acaso don Manuel María Montero?— y que el poeta dedica a su amiga la pianista doña C. de V.

* * *

Y en cuanto a noticias y anuncios los hay tan inefables como estos que seleccionamos: En el establecimiento de don Lorenzo de Gómez, Portales de Mercaderes, se acaba de recibir una gran remesa de bacalao inglés superior, que se arreglará a precio de 36, 38 y 40 reales arroba.

Otra: *Coche diligencia*. La establecida de Ubeda a Jaén hace sus viajes diarios de esta forma: en el presente mes (enero de 1855) sale de Ubeda todos los días pares a las seis de la mañana. Pasa por Baeza a las siete, llegando a Jaén entre doce y una del día. Los impares sale de Jaén a las seis de la mañana, y pasa por Baeza entre once y doce. Los precios de los asientos están de manifiesto en los despachos de los billetes. ¿Verdad que era delicioso este cómodo viaje entre nubes de polvo, son de cascabeles y selectísimos improperios del mayoral?

Otro curioso anuncio: En el comercio de don José Morales Puga, esquina de los Portales de Mercaderes, se acaba de recibir del extranjero un buen surtido de encordaduras de violín, violonchelo, contrabajo, guitarra y piano a precios módicos. ¿Tanto músico había que pudiera necesitar la abundancia de cuerdas sonoras?

* * *

El número 21 apunta las dificultades por que debía atravesar en aquellas fechas el Casino, en el que tanto entusiasmo habían puesto todos.

La vida de sociedad en Baeza da lugar a brillantes fiestas. Hubo una en enero de 1855 en casa de don Vicente de Dios, en la que bailó la juventud, y después del baile se celebró un concierto en el que, acompañadas por el señor Casado, cantaron varias canciones andaluzas las señoritas Teresa Carrillo y Pepa Jimeno, en las que lucieron su gracia y desenvoltura que, lejos —dice el cronista— de ser descoco, es lo que da mérito a este clase de canto. Nos admiran los finos y discretos términos de la innecesaria justificación. ¡Qué tiempos aquellos, Señor!

Y otra noticia insólita, que toma «*El Correo de la Loma*», de «*El Faro de Jaén*» y publica en el número 26 del 30 de enero de 1855, es la siguiente: «Va a establecerse en la capital una agencia de matrimonios en la que, bajo la base de estricta justicia, se dará colocación a todas las individuos que pertenecen al sexo bello según su clase y circunstancias. Se espera de un momento a otro un retratista de Daguerro, tipo que, costeadado por la agencia, sacará el retrato de cuantas muchachas, jamonas y viejas, se acerquen a dicho establecimiento para hallar un marido según sus deseos. Con los retratos se formará una interesante galería. Al pie de cada uno de ellos se pondrá en letra clara e inteligible el efectivo que aportará de dote la novia, en metálico o en fincas. La galería, previo el pago de derechos de agencia, sólo será visitada por los apasionados tortolillos que corran en pos de las delicias de Himeneo. Será, en fin, una cosa deliciosa el establecimiento, cuyo proyecto está muy adelantado».

Si es broma, puede pasar... decimos nosotros.

* * *

El cuatro de febrero de 1855 se representó en el teatro de Baeza, por un grupo de jóvenes de la buena sociedad, la zarzuela «El valle de Andorra». Y dice el cronista que todo salió brillantemente y que al final, después de leída una bella composición del señor Montero, alusiva al acto y a los que en él tomaron parte, fueron arrojadas al escenario, desde palcos y lunetas, mil coronas entretejidas de bonitas cintas y pintadas flores que cayeron a los pies de las bellas a quienes se tributaba este homenaje.

* * *

Para concluir, he aquí una curiosísima noticia —recibida en el número 2 de «*El Jorobado*», de Madrid, correspondiente al día 2 de marzo de 1836. Dice así:

«Variedades.—Diputación provincial de Jaén. La Diputación provincial ha tenido a bien poner término a la suscripción al periódico titulado «*El Español*» y renunciar al recibo de los números a que aquélla se extendía; y de conformidad con su resolución, dirijo a su editor la comunicación siguiente: «Señor editor de «*El Español*».—Jaén, 20 de febrero de 1836.—Muy señor mío: Esta Diputación provincial, de la que tengo el honor de ser Secretario, ha visto el número 105 de su periódico que corresponde al día 13 del actual y de sus resultados me previene avisar a V., cual lo ejecuto, que retira su suscripción, dispensando a V. de la molestia de remitirle los ejemplares sucesivos, al completo del tiempo por lo que la hizo. Se ofrece de V. por su atento s. s. q. b. s. m.» Al transcribirla a V. con el objeto de que se sirvan darle publicidad en el Boletín de su cargo, me cabe la satisfacción de anunciarle les queda afectísimo, s. s. q. s. m. b. Mateo Candalija.»

Así, rotundamente: no queremos saber nada de ese periódico; quédense ustedes con él y con la suscripción... ¡Mayor generosidad!

V

Los hombres de letras

SIEMPRE ha sido Jaén aficionado a la literatura, y muy particularmente a la expresión del pensamiento en hojas impresas.

Son muchas las figuras ilustres del siglo pasado que, con derecho propio, ocupan un lugar preeminente en la Historia Literaria del Santo Reino, esa Historia Literaria que aún está por hacer, y de la que puede considerarse como avance o ensayo liviano, aunque muy bello, el *Florilegio de Poetas y Poesías* que dio a la luz el inolvidable Cazabán.

No es, pues, extraña la profusión de periódicos que vivieron más o menos lánguidamente durante el siglo XIX y que continuaron proliferando en los primeros años del XX.

El año 1848 se publicaba una revista literaria de *El Avisador de Jaén*, en la que aparecían novelas y composiciones potéticas de altos vuelos firmadas generalmente por un seudónimo, por lo que hoy resulta casi imposible identificar la personalidad del autor. También se insertaban en sus páginas artículos descriptivos de inventos y máquinas nuevas, como la de una fábrica de papel mecánico o sin fin. En el tomo II de esta inefable revista se publicaba una curiosa carta pastoral del obispo que regentaba la diócesis de Jaén, don José Escolano, con curiosas advertencias y severas admoniciones al clero, para que viviera alejado de toda organización política cuya finalidad no fuese el orden, la paz y el bien común. Este segundo tomo fue el último de la publicación que se imprimía con clara y bella tipografía en la imprenta de la Sociedad Tipográfica, de la que sería curioso investigar su constitución, funcionamiento y disolución, pues sus trabajos responden a un elevado concepto de la cultura y del arte de imprimir.

* * *

En el «*Boletín Bibliográfico Español*» —una publicación modelo—, del 15 de febrero de 1860, se anuncia: «*El Anunciador de la Provincia de Jaén*», periódico de fomento y de intereses locales. Sale los martes, jueves y sábados, en un pliego, en folio mayor, de 4 páginas. Este periódico se recomienda por el acierto con que está redactado y por la variedad de artículos y noticias interesantes que contiene. Precio de la suscripción: en Jaén, por un mes, 7 reales; por tres meses, 15. Fuera de Jaén, por un mes, 10 reales; por tres meses, 24.

En la misma revista bibliográfica, y en su número del 15 de febrero de 1861, vemos la siguiente recensión: «*Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén, su estado antiguo y moderno, con demostración de cuánto necesita mejorarse su población, industria y comercio*», por el Licenciado D. José Martínez de Mazas, deán que fue de la Santa Iglesia Catedral de Jaén, e individuo de la Sociedad Patriótica de dicha ciudad. Con notas y adiciones del doctor D. Manuel Muñoz

y *Garnica*, canónigo lectoral de la misma Santa Iglesia, individuo de dicha Universidad, etc. Jaén, 1861. Imprenta de F. López Vizcaíno. En 8.º mayor. Constará de un tomo y se publica, para poderse encuadernar aparte, en el Folletín de *El Anunciador de la Provincia de Jaén*. Ha empezado en el número 1077 correspondiente al 5 de febrero de este año.

En el mismo número aparece este aviso: «*Poesías de D. Bernardo López. Edición de El Anunciador de la Provincia de Jaén. Jaén, 1861. Imprenta de F. López Vizcaíno, editor.* En 8.º mayor. Formará un tomo y se publica, para poderse encuadernar aparte, en el referido periódico, habiendo empezado en el número 1064, correspondiente al día 5 de enero de este año.

* * *

En «*El amigo católico*», publicación que se hacía en Córdoba el año 1873, figura una constante colaboración del obispo de Jaén, Monescillo, figura ilustre y cerebro insigne, cuya fama alcanzó singular resonancia en el mundo religioso y en la vida nacional española.

Es curioso ver cómo ya en esta revista que se titula «defensora de los legítimos intereses sociales» se producen voces de alerta sobre lo que, andando los años, habría de conmover al mundo con sus trágicas revoluciones, y sentar las bases de un nuevo sistema económico que subvertiría todos los valores morales e institucionales. Comenzaba ya la inquietud. Así nos lo demuestra una serie de artículos debidos a la briosa pluma del canónigo magistral don Manuel González y Francés, y titulados «*Estudios sobre la Internacional*». La revista insertaba también originales literarios de notorio valor.

* * *

El 8 de febrero de 1877 aparece en Jaén el primer número de la revista «*El Cero*», que se titula a sí misma «*Periódico literario de brocha gorda*», a cuyo concepto agrega donosamente: «*Este cero está siempre a la izquierda*», y añade a continuación: «*El periódico es malo; pero tiene la ventaja de ser caro*». Se publicaba los días 8, 15, 23 y 30 de cada mes. Redactor y propietario, Manuel Genaro Rentero. Editor, Mariano Manzanares. Administrador, Pedro Roa y Ochoa. Administración,

Merced Alta, 3. Imprenta, de don Francisco López Vizcaíno. La colección del periódico que hemos tenido a nuestro alcance perteneció a doña Patrocinio de Biedma, la ilustre poetisa, que firma en una de las cubiertas interiores.

«Con objeto de dar al público de alimento entre tanta berza insustancial como «*El Cero*» va a tener —afirma su primer editorial—, dedicará una sección aparte, donde se publicarán poesías selectas, una en cada número, de nuestros primeros poetas, haciendo lo posible por que estas composiciones sean poco conocidas. Y así vemos en sus páginas bellos poemas de Eulogio Florentino Sanz, de Fernán Caballero, de don Leandro Fernández de Moratín, de don Esteban Manuel de Villegas, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, de Ana María López, de Juan Antonio de Viedma y de José Moreno Castelló.

Un día encontramos que con el título de Revista de la Capital, la pluma fría pero brillante de Bernardo López García escribe un bello artículo referido al carnaval y sus excesos.

La empresa periodística debe ir viento en popa, pues ya en el número 7, la Revista, según su pie de imprenta, tiene talleres propios. En el número 8, Federico de Palma Camacho publica «La muerte de Jesús», hermoso poema. Y nos enfrentamos con una sorpresa inesperada al leer un soneto de humor, original de Bernardo López García, titulado *El nuevo amor*, cuyo soneto dice así:

*Yo le juraba amor por fiel trofeo,
mi vida le ofrecí con mis destinos.
Sus ojos grandes, plácidos, divinos,
contemplaban mi loco devaneo.
Como tiemblan las almas al deseo
temblaban los remansos cristalinos.
El ruiseñor cantaba entre los pinos
los cantos de Julieta y de Romeo.
Recordando un amor que maravilla
—Tú serás mi Isabel—, grité con pena,
doblando en su presencia la rodilla.
Y ella me dijo con su voz serena:
—Ya me duele el estómago, Marsilla,
convídamme a cenar, que no estoy buena...*

Más adelante nos sorprende otro del mismo estilo y que titula *Una mujer*. Dice así:

*Es alta, fuerte, su actitud airoso
modelo del buril, al arte encanta;
sonrosada y robusta su garganta
sustenta su cabeza prodigiosa.
La ancha pupila azul, pasión rebosa
cuando el fuego del alma la abrillanta.
Su pecho en el deleite se levanta;
en su espléndida frente, amor reposa.
Virtud, inmenso bien, goces tranquilos
respira su figura, que altanera
une a las almas con eternos hilos.
Y por tener de todo en alta esfera
tiene en la Corte casa de pupilos
y además una pierna de madera.*

Increíble en un Bernardo López, cuya pluma llena de acentos épicos y de líricos destellos, ha de escribir poemas como el que le inspira «La dama de las Camelias», de Alejandro Dumas, y que publica en la «*Revista Cordobesa de Ciencias, Literatura y Artes*» el 22 de enero de 1860, página 13, y del que copiamos algunas estrofas:

*¿Qué tienes, dime, mujer?
Sobre tu faz sonriente
su velo tiende el placer
mientras amargan tu frente
las olas del padecer.
¿Qué tienes? Te estoy mirando
y en satánica porfía
tus ojos se van cerrando;
que en ellos están luchando
las penas y la alegría.
¡Mujer, calma tu delirio!
la mar te espera cercana
y allá entre la niebla insana
la corona del martirio
te coronará mañana...*

En el número 10 leemos un nuevo y hermoso artículo de Bernardo López titulado «El amor divino», junto con otro bellísimo que se titula «Cuadros» y firma Antonio Almendros Aguilar, quien también publica dos sonetos a la muerte de Cristo.

En el número 14 aparece otro soneto de Bernardo López García titulado *A un plagiario*:

*Ratero del Parnaso; bardo huero;
 Petrarca en comisión; sabio anarquista;
 del divino jardín, contrabandista;
 Judas del arte, sacristán de Homero;
 acólito del genio verdadero;
 de ajeno capital, capitalista;
 conquistador sin medios de conquista
 Moreto de cartón, Tirso de cuero.
 Detén tu audacia ya; de tu delito
 se ocupan, rebuscándote un fracaso,
 cuantos aman del arte lo infinito.
 Y por cerrarte para siempre el paso
 se ha mandado a las Musas por escrito
 que haya Guardia Civil en el Parnaso.*

Junto a las figuras ya destacadas aparecen con cierto literario pudor otros escritores cuyo nombre ha de ignorar la posteridad. Así, en el número 23 escribe este lírico y ríspido madrigal un poeta anónimo.

«A las bellas de Jaén»

(Madrigal)

(dedicado a D. Antonio Gómez)

*La violeta, la rosa, la bengala,
 la azucena de nítida corola,
 la sensitiva que perfume exhala,
 la arrogante y bellísima amapola;
 todo este ramo de pintadas flores
 mecen tu tallo en nuestro hermoso suelo,
 todas son las mejores
 y en todas ellas se adivina el cielo.*

En una crónica de la semana escrita en verso, decía el autor, que era el director del periódico:

Postdata.

Señor Alcalde,

*si se regara el paseo
(Plaza de Santa María)
donde ahora se toma el fresco,
no se verían las bellas
entre ese polvo altanero
que se les sube a las barbas
con poquísimo respeto.
Mire usía, que me han dicho
que lo pida con empeño...*

En el número 22 de 15 de julio de 1867, se publica el siguiente soneto de Almendros Aguilar:

«A Granada, en el Generalife»

*Realización de un sueño con tus flores
de la tarde las auras embalsamas...
Nido tienen, y alcázar en tus ramas
de la noche los pájaros cantores.
Hilos de perlas son tus surtidores
que en tazones de mármoles derramas.
Lanza, herido del sol, vívidas llamas
tu cinturón de albercas y colores.
Para admirarte en el cenit, la luna
los suspiros trayéndote del moro
desde el Oriente donde está su cuna.
Y no es mucho que llore su tesoro:
yo en ti no tengo amores ni fortuna
y al apartarme de tus sombras lloro...*

En el número 22 aparece una sección titulada «Chismes y cuentos», y en ella vemos una «Carta a Pancho», en la que el autor habla a su amigo de que «el paseo de la Plaza de Santa María está concurridísimo todas las noches por las bellas hijas de este hermoso suelo, dándole la brillantez y la alegría que tú comprenderás fácilmente; ya las conoces, son las mismas de siempre, las que hacen andar a los pollos de cabeza, haciéndoles dar con sus miradas cada suspiro que canta el credo».

Habla luego de que los «sígueme-pollo» están muy en boga: como es una moda barata abunda tanto, y hay algunas, sin que esto sea criticar, cuyo «sígueme-pollo» tiene un kilómetro. Mucha garibaldina, mucha cola, y unos saquitos «*tunos*» que serán muy elegantes y tendrán mucha gracia, pero que a mí no me la hacen, sin duda por lo mucho que me agradan los talles flexibles y esbeltos; y con el saco dichoso se pierde ese encanto.»

En otro párrafo dice que «también se habla de un proyecto de Liceo, mas no sé si se llevará a cabo; pero creo que hay bastante entusiasmo y que harán muchos esfuerzos por que se realice. Falta hace, añade, una sociedad de este género en esta población, que tiene bastantes elementos para ello; además es muy justo que los hombres no sean egoístas y traten de que las señoras se diviertan. Si los promovedores de tan bella idea pueden darle cima, merecerán el aplauso de las bellas y de la cultura».

Y cierra el artículo con una postdata que dice así:

«He oído decir que algún que otro gracioso se ~~entretuvo~~ anoche en cortar con una tijeras los «sígueme-pollo», y aun dar tijeretazos en los vestidos. Esto puede acarrear algún lance grave, y por tanto esta Redacción suplica al Señor Alcalde dé las órdenes necesarias para que a esos graciosos de mal género se les enseñe el respeto que se le debe a una señora y sobre todo al público.»

Por la revista sabemos que Valladares, el comediante, representaba en aquellas fechas «Oros, copas, espadas y bastos», y «Un drama nuevo». ¡Nada menos!

En el número 34, del 15 de octubre de 1867, aparece un tierno poema de don Antonio Almendros, que dice así:

«En la tumba de un niño»

a mis amigos

D. Gonzalo Murillo Bravo y su esposa.

—¿Dónde vas, hoja caída,
apenas nacida, muerta,
que el huracán lleva en pos?
—Pisé el umbral de la vida
y hallé al cruzarlo la puerta
que me conduce hasta Dios.
—Porción del alma adorada,
de tus padres, mira el duelo
y el ala plegada ten.
—Del llanto el mundo es morada
que abre la muerte, y el cielo
patria del eterno bien.
Angel me torno del Paraíso,
ya la mundana cárcel rompí,
y vuelo ahora, pues Dios lo quiso,
hasta el asiento que tengo allí.
Mis alas bato ya desplegadas
sus plumas todas de niveo tul;
rompo en mi vuelo las plateadas
nubes de nácar del cielo azul.
Miro ascendiendo vuestro quebranto.
Dejad el duelo. ¿Por qué llorar?
Ruego y plegaria será mi canto
para que calme vuestro pesar.
Angel me torno del Paraíso,
ya la mundana cárcel rompí.
y vuelo ahora, pues Dios lo quiso,
hasta el asiento que tengo allí.

Asiduamente vemos colaboraciones poéticas de Josefa Sevillano, de Patrocinio de Biedma, de Palma Camacho y de Moreno Castelló. Son producciones de hondo tono romántico y conceptuosa construcción, al uso de la época.

En el número 49 se inserta un epigrama de don José F. Sanmartín y Aguirre que el autor titula así simplemente:

Epigrama

*Hablando con Don Rodrigo
anoche decía Ernesto:
—Es un excelente amigo
que hoy ocupa un alto puesto.
—¿Es ministro o diputado?,
preguntóle Maravilla.
—No tal —respondió al contado.
Es que habita una buhardilla.*

Malo y ripioso hasta la exageración, pero muy al gusto de aquellos años.

En el número 52, el editor y director escribe en el artículo de fondo la despedida, y cuenta las causas que le han obligado a suspender el periódico, entre ellas un incidente con «*El Anunciador*» y «*Las Variedades*», dos periódicos que veían la luz en Jaén por aquellas fechas.

El «*Faro de la Loma*» le puso el siguiente epitafio:

Todo el mundo fenece
y el pobre «Cero» también;
pero cuentan que aparece
la «Revista de Jaén».

En el año 1881 nace en Jaén un gran periódico de la tarde: «*El Eco de la Provincia*». Hemos examinado parte de su colección no sin cierta nostalgia, deteniéndonos en el número 47, correspondiente al día 17 de noviembre de 1881, en el que leemos con tristeza y estupor la siguiente noticia:

«Mañana debió ponerse Jaén de luto para rendir al insigne Bernardo López García un recuerdo de cariño y admiración.»

«La prensa ha formulado proyectos que iban a realizarse y sin embargo el día de mañana llega y, que sepamos, nada ocurrirá.»

«En vista de esto, sabemos que varios socios de la Económica de Amigos del País, entre los cuales se cuenta un oficial de la junta y un funcionario de esta provincia, se proponen llevar el asunto al seno de

aquella corporación patriótica, a fin de que la manera seria que se hacen las cosas se acuerden los medios para que en breve plazo los restos del insigne poeta reposen sobre el suelo que sostuvo su cuna, y que se honra con haberle contado en el número de sus hijos. Aplaudimos mucho el que la Sociedad Económica tome el encargo de rendir al talento y al mérito el recuerdo de cariño y de admiración que, por causas que ignoramos, no rinde Jaén en el día de mañana al inmortal Bernardo.»

En relación con la transcrita noticia, en el número 48, de 19 de noviembre de 1881 hallamos una bella carta que dirige don Juan Montilla a don Joaquín Ruiz Jiménez, director de «*El Eco de la Provincia*», y que reproducimos con verdadera melancolía. La carta, de cuidado estilo y delicada belleza literaria, dice así:

«Sr. D. Joaquín Ruiz Jiménez.

Mi querido amigo y compañero:

Te agradezco de el alma la invitación que haces para que tome parte en el aniversario con que la prensa de esa Capital recuerda la memoria del inmortal cantor de la Patria, Bernardo López García. Para mí sería el mayor de los honores el rendir este tributo de respeto y admiración al hijo ilustre de ese suelo que enaltece con su nombre.»

«Oscuro es el mío, no puedo presentar título alguno para justificar esa muestra de cariño que me das con tu invitación, y que tu recuerdo significa. Ninguno, como no sea el amor a los lugares donde corrió mi infancia, y el deseo de que en ellos sea yo el hijo pródigo cuando, al pasar los años vuelva entre vosotros para buscar un refugio contra las huellas de la vida.»

«Acaso entonces los alientos de la juventud, las opuestas aspiraciones que hoy me combaten, hayan dado por todo fruto algún amargo desengaño de la realidad, que me haga sentir lo inútil de este afán que a todos en la juventud nos domina. Empeñado en estas contiendas de los partidos políticos como oscuro y modesto soldado, viajero soy donde la fiebre de la pasión hace mayores estragos, y sigo mi bandera, que es la de la libertad, con la fe y con el entusiasmo que prestan mayor fuerza a las convicciones.»

«Algunas veces, en este revuelto oleaje de la política, he recordado el nombre de Bernardo López como se recuerdan los hermanos muertos.»

«No tengo yo su poderosa fantasía que prestaba vuelo gigante a su pensamiento, a cantar al águila con incomparables versos, ni el temple varonil que dio a su acento cuando en sus décimas inmortales trazó a grandes rasgos la epopeya de un pueblo que defiende su independencia y que supo vencer en los combates al primer conquistador del mundo.»

«El alma de Bernardo López está encerrada en las páginas gloriosas de un libro, tiene levantado con él un mausoleo grandioso en todas las inteligencias; que leyendo sus versos se aprende lo que es sentir y pensar con elevados y patrióticos conceptos.»

«Yo saludo a esa juventud animosa, queridos compañeros míos todos ellos, que se honran y honrarán a Jaén, conmemorando tan gran recuerdo, y uno mi nombre al de esa fiesta, triste porque recuerda una gloria perdida, pero majestuosa y sublime, porque es la más evidente demostración del estado de cultura de un pueblo.»

«Tuyo afectísimo amigo, Juan Montilla.»

«Madrid, 17 de noviembre de 1881.»

* * *

Otra irónica noticia del mismo periódico: «Con motivo del fracaso de los proyectos para celebrar el aniversario de Bernardo López, dice *«El Industrial»* que la culpa no ha sido suya.

Pero, ¿hay culpa por alguien?...»

* * *

En el número 50, del 24 de noviembre de 1881, aparece una brillante crítica de la obra dramática en verso y en un acto, original de Almendros Aguilar, titulada *«Crisol de Honra»*, que se estrenó en la noche del martes 22 de noviembre del mismo año, y que era

ansiosamente esperada. El poema dramático se basa en el salvaje rasgo del conde de Benavente al incendiar su palacio solariego de Toledo, con el fin de purificar así la mancha que suponía inferida en su honra, por haber dado hospedaje allí al condestable de Borbón, traidor a su patria.

De dicha obra es el siguiente soneto, que pone el autor en labios del conde de Benavente:

*Viene el Judas francés a hacer la venta
de su patria y su rey, y habrá quien diga
pues mi casa le dí, que entro en la liga
para que no me olviden en la cuenta.
Locura, ¡sí!; mi fama se cimienta
en mi firme lealtad, en mi fatiga;
mas una sola voz basta, enemiga,
mil ecos a llenar para la afrenta.
¡Y el honor es cristal! dirán acaso
que el rey no me obligó, que yo lo quise...
¿Qué me pides, honor, en este paso?
¿Habrás, sol de mi raza, quien te pise?
¡¡Fuerza es dejar tan transparente el vaso
que hasta el fondo del alma se divise!!*

La obra obtuvo un éxito clamoroso, siendo ovacionado el autor, al que el público obsequió con versos, palomas y una corona de laurel. Firma la crítica un notabilísimo escritor de grata memoria: Manuel Montero Garzón, a quien, como al venerable autor de sus días, don Manuel Montero Moya, alcanzamos a conocer.

Este periódico publicó una antología de poetas giennenses entre los cuales figuraban: José Moreno Castelló, Teodomiro Ramírez de Arellano, Manuel Montero Garzón, Federico de Palma y Camacho, Manuel María Montero Moya, Antonio Almendros Aguilar, etc.

* * *

Finalmente, por el periódico sabemos que en Jaén se creó una Sociedad Científico-Recreativa, titulada «Flammarión», cuyos estatutos

publicó «*El Eco de la provincia*», siendo su presidente don José María Folache y el secretario don Ildefonso González. Para esta sociedad construyó un antejo celeste monsieur Bardou.

Y aquí se acaba nuestro largo reportaje, que sería inagotable, de poder aunar dos elementos tan difíciles de unir, como son el tiempo y la voluntad. De ésta disponemos. Del tiempo, ¡quién pudiera disponer!

VI

Y sigue la vida su marcha...

Y llegamos, pues al remate de nuestra empresa, que ojalá haya alcanzado los objetivos propuestos.

Queda mucho por espigar; pero nuestros ojos fatigados se ven forzados al descanso, como nuestra voz al silencio.

Ahí quedan, para quien quiera recogerlos y zurcirlos, los jirones de la pequeña historia y de la gran historia, la que hicieron aquellos cuya misión era ver y contar, para que los demás conociéramos hechos y sucesos que alcanzaron categoría de sucesos.

Mientras tanto, la vida sigue su marcha. Y día a día todo se hace viejo y al mismo tiempo todo es nuevo. Sin quererlo, recordamos aquello de

*Breves los años pasarán, marquesa.
¡Vaya si pasarán! ¡Pasaron tantos!
Leve ceniza, pálida pavesa
serán del alma humana los encantos.
Las alegrías, llantos;
los palacios, ruinas;
fétido polvo los soberbios reyes,
momias las madres, tías las sobrinas,
y licenciados los que estudian leyes...*